La carne

Por Carolina Errázuriz Mackenna

Con amor para Hermógenes Pérez de Arce

Mi querido Hermógenes Pérez de Arce (no sabe cuánto me excita la cadencia de su nombre) ni en mi más descabellados sueños habría imaginado que usted iba a terminar suavemente en mis fauces. Me siento como fiera con la presa en el suelo: la olfateo, la lamo y a segundos de engullirla, le cuento que sus palabras rescatadas por The Clinic el número pasado, de una columna suya del 19 de abril, pues me han dejado conmovida. Primero, porque la crónica de bestialismo y sexo que usted me adjudica le informo que no es mía. Pero mi Tedy Bear, eso no nos puede detener ahora. Porque su "confusión" es lo que más me perturba. ¿Qué pasó? ¿Vio a una de las tantas hijas de familias ilustres de buenos huesos desnuda en cuatro siendo penetrada por uno, dos o tres… perros? O tal vez ella estaba en un sillón sin ropa y una jauría de perros de algún fundo del valle central de Chile –pertenecientes a las familias tradicionales de este país- le lamían la entrepierna y usted discretamente miraba por la puerta? ¿O quizás usted mismo, como buen patrón, arengaba a los perros a lamerla más? ¿Se sonroja nuevamente don Hermógenes? (Insisto: por Dios que suena pecaminoso su nombre).

Pero sobre todo lo que me hace adorarlo es que cuando me ve clavada por los perros – y digo que me vio porque estoy segura que usted me vio ahí- es a mi apellido al que ve crucificado y degradado. Le importa un carajo que a las Álvarez o las Soto les guste que le den los perros del barrio. Lo que lo agobia es que sea una Errázuriz-Mackenna. ¿No le habían dicho que a las mujeres de estas ilustres familias, como a muchas otras, nos encanta probar una verga animal por generación? Es que los perros se cansan menos que nuestros hombres tan ocupados -y eso así debe ser- en conservar la tradición, la familia y los bienes para perpetuarnos en el lugar que Dios nos dio por los siglos de los siglos. Porque aunque a usted le parezca una aberración, lo que hay entre las mujeres de bien y los perros es un acuerdo tácito de conservación. Ellos, cuando nace una descarriada como yo, nos hacen el favor de mantenernos a raya sin terminar en escándalos con los hermanos, los primos, los sacerdotes, en fin. Porque lo otro es saciarse con los rotos, y usted y yo sabemos que los rotos no son confiables. Un roto es un roto. Pero los perros son fieles. Además, me gustan los de buen pedigree y los de fundo - que aunque quiltros- tienen la tradición de la tierra.

Usted y yo a mi manera somos personas de fe. A mí por desgracia Dios me abandonó en la cuneta. En su caso, me imagino que Él lo tiene de verdad apuntalado para que no vaya a fallar. Porque usted sigue siendo uno de mis tíos predilectos por su elegancia, su buen porte, sus ojos claros, su camisa impecable, su traje de calidad, su erudición y créame, no soy la única, entre mis tías las admiradoras son a puñados. Imagino que para usted no debe haber sido fácil mantener al cuerpo y al ego en los caminos que el Señor le dio. Y me alegra que Dios este con usted en los momentos de debilidad que todos nuestros hombres tienen. Porque tengo la sospecha que detrás de su corrección, mi querido Hermógenes, hay un volcán, una buena verga que aún se endurece como en sus mejores años, unas manos algo torpes, pero firmes y una boca que con la pasión se humedece hasta volverse suave y caliente. Lo veo como una fiera, un perro más de la jauría que me lame la entrepierna en ese sillón de felpa de fundo.

"TENGO LA SOSPECHA QUE DETRÁS DE SU CORRECCIÓN, MI QUERIDO HERMÓGENES, HAY UN VOLCÁN, UNA BUENA VERGA QUE AÚN SE ENDURECE COMO EN SUS MEJORES AÑOS, UNAS MANOS ALGO TORPES, PERO FIRMES Y UNA BOCA QUE CON LA PASIÓN SE HUMEDECE HASTA VOLVERSE SUAVE Y CALIENTE".

Las palabras de Hermógenes

"A propósito de bestialismo, que es la perversión consistente en derivar goce sexual de las relaciones con animales, recordé una crónica de "The Clinic", leída por mí cuando dicha publicación me envió un ejemplar, tras hacerme una entrevista. La autora de la crónica, cuyos dos apellidos se cuentan entre los más ilustres de nuestra sociedad, pormenorizaba sus relaciones íntimas con numerosos perros de diferentes razas, a uno de los cuales otorgaba el galardón de amante preferido.

"Como se sabe, el hombre es el único animal que se sonroja y, generalmente, tiene buenas razones para hacerlo. Recuerdo haberme sonrojado al leer un relato tan abominable y obsceno, sin duda el más degradante que he leído en mi vida. Lamentablemente, estaba bien escrito. Tiempo después, me encontré con el director de la publicación (que, entre paréntesis, recibió días atrás un galardón de la Universidad Alberto Hurtado, regentada por los jesuitas) y le manifesté mi extrañeza de que una persona vinculada a tan honorables familias, como la autora de la crónica, pudiera escribir algo tan autodenigratorio, pero me aclaró que ella, en realidad, no tenía esos apellidos, si bien los suyos propios eran tan distinguidos como aquellos. Pero prefirió mantenerlos en el anonimato".

El Mercurio, 19 de abril de 2006.

The Clinic Nº 177 (Stgo.) 18·V·2006 p·43